

ALFREDO RUIZ DE AZÚA
SOCIO DIRECTOR DE ABANTE EN EL PAÍS VASCO

abante)

Forjamos nuestro futuro

Tengo más de un amigo que no entiende los mercados financieros. Algunos los observan con la misma mezcla de sospecha y desconcierto con la que nuestros abuelos contemplaban los trucos de un prestidigitador. Están convencidos de que se trata de una especie de tocomochos sofisticados donde unos pocos ganan siempre a costa de los demás.

Y, sin embargo, los mercados financieros no son más que un reflejo de quienes participamos en ellos. A veces miedosos. A veces avariciosos. Con frecuencia irracionales, pero al final generosos. Exactamente igual que las personas.

Por eso resulta tan curioso escuchar críticas a los mercados como si fueran una entidad independiente, una criatura autónoma con voluntad propia. Los mercados no tienen emociones. Nosotros sí. Los mercados no tienen miedo. Nosotros sí. Los mercados no tienen codicia. Nosotros sí. Quizá por eso deberíamos dedicar menos tiempo a quejarnos de ellos y más a intentar ordenarnos a nosotros mismos.

Porque cuando uno consigue atravesar el tupido velo de las cotizaciones, los gráficos y los titulares alarmistas, descubre algo extraordinario. Los mercados financieros son una de las mayores herramientas de cooperación creadas por el ser humano.

Gracias a ellos, miles de personas pueden aportar pequeños ahorros para financiar grandes proyectos. Permiten construir fábricas, desarrollar medicamentos, investigar nuevas tecnologías o producir los bienes y servicios que hacen posible nuestro bienestar. No son un casino. No nacieron para apostar. Nacieron para financiar el progreso. Lo que ocurre es que solemos mirar

el escaparate equivocado. Nos obsesiona la cotización de hoy cuando deberíamos prestar atención a lo que se está construyendo detrás de ella. En lugar de sentirnos partícipes de ese progreso colectivo, perseguimos el beneficio rápido mientras intentamos evitar cualquier pérdida. Una misión imposible.

Porque existe una ley universal que no solo afecta a la inversión, sino a cualquier actividad humana: para conquistar algo hay que exponerse. Nadie ha conseguido nada importante sin asumir riesgos.

Tenemos que hacernos vulnerables. La vulnerabilidad es precisamente la escuela del inversor. Es la que le enseña paciencia cuando llegan las caídas, prudencia cuando aparece la euforia y serenidad cuando todo parece desmoronarse. Estos días revisaba una presentación sobre las grandes crisis de las últimas décadas. Vi desfilar crisis, guerras, pandemias e inflaciones que en su momento parecían capaces de acabar con el sistema económico mundial.

Al repasarlas una detrás de otra, uno se pregunta cómo fue posible sobrevivir a semejante colección de catástrofes. La respuesta puede ser muy compleja, pero la realidad es que, como colectivo, lo hemos superado y hemos progresado.

De hecho, el mercado ha sufrido caídas superiores al 10% en aproximadamente la mitad de los años. Y, aun así, quienes permanecieron invertidos han obtenido rendimientos extraordinarios.

La clave nunca fue adivinar el futuro. La clave fue permanecer. Constancia, tiempo e interés compuesto: esa fuerza silenciosa que convierte pequeñas decisiones repetidas durante muchos años en resultados extraordinarios.

Al fin y al cabo, la historia económica no es la historia de quienes acertaron el próximo movimiento del mercado. Es la historia de quienes tuvieron la paciencia y la valentía de seguir creyendo en el progreso humano cuando parecía más difícil hacerlo.

«LOS MERCADOS FINANCIEROS SON UNA DE LAS MAYORES HERRAMIENTAS DE COOPERACIÓN CREADAS POR EL SER HUMANO.»